PRÓLOGO

# El proceso de la historia

JAVIER MORENO ZACARÉS

Ellen Meiksins Wood (1942-2016) fue una de las voces más brillantes de su generación en el campo de la teoría política. Sin embargo, su obra subvierte los límites de esta disciplina, tradicionalmente confinada al espacio de la especulación moral.[1] Haciendo gala de un estilo lúcido y mordaz, sus escritos desbordan la separación entre la teoría política «normativa» y la ciencia política «empírica», extendiéndose por la sociología histórica para entrar de lleno en la crítica social. De hecho, desde finales de los años setenta, la autora desarrolla junto a Neal Wood un enfoque particular en el campo de la teoría política: la historia social del pensamiento político que, como su propio nombre indica, hace uso de la historia social para reinterpretar el canon de la filosofía política. Este enfoque les niega a los grandes pensadores una sabiduría pura, una que está por encima de los conflictos de su época, como aseguraba Strauss, pero también la inconmensurabilidad extrema, siguiendo la estipulación del contextualismo empirista de

1 Ellen Meiksins Wood desarrolló una prolífica obra. Escribió trece libros (dos junto a Neal Wood) y editó tres (junto a varios autores). Escribió también cincuenta y nueve artículos en revistas científicas, todos ellos en solitario, salvo dos (uno con su marido Neal y otro con su hermano Peter); veinticinco capítulos de libro; y siete artículos en revistas no científicas. Para otros resúmenes de su trabajo, así como su contexto biográfico, véase Phelps, C., y Meiksins Wood, E. (1999), «Interview with Ellen Meiksins Wood», *Monthly Review*, pp. 74–92; Patriquin, L. (2012), «Introduction: The "Method" of Ellen Meiksins Wood», Larry Patriquin, ed., *The Ellen Meiksins Wood Reader*, Brill, Leiden; Abele, F., Comninel, G., y Meiksins, P. (2016), «Socialism and Democracy: The political engagements of Ellen Meiksins Wood», *Studies in Political Economy*, *97*(3), pp. 320–336; Hirschop, K. (2016), «A Political Marxist: Ellen Meiksins Wood, 1942–2016», *Radical Philosophy*; McNally, D. (2016), «Ellen Meiksins Wood obituary», *The Guardian*, 10 de febrero de 2016.

Skinner. Incorporando la historia social al trabajo de análisis, Wood se dedicó a contextualizar la evolución del pensamiento político a través de las relaciones sociales vigentes, así como la forma de estado y las luchas que lo atraviesan en un momento dado. Sin caer en anacronismos, esta perspectiva consiguió no solo devolver a la vida las ideas políticas de épocas pasadas, sino que también mostró su relevancia para entender las luchas en activo.

Esta sensibilidad historizadora entronca con la sociología histórica de Robert Brenner, con quien Meiksins Wood fundó otra tradición analítica: el marxismo político. Repudiando que la historia se pueda comprender a través del desarrollo de leyes generales y abstractas, como la supuesta naturaleza comercial de los seres humanos (una premisa que subyace gran parte de la historiografía liberal), o la existencia de una tendencia universal al desarrollo de las fuerzas productivas (como afirma el marxismo ortodoxo), el marxismo político insiste en la necesidad de analizar la historia a través de «relaciones sociales de propiedad» específicas, las cuales dotan a cada forma social de unas pautas propias de desarrollo y conflicto. Esta perspectiva otorga un mayor peso a los factores políticos que se producen en el curso de la historia, como la lucha de clases, dando forma a un marxismo no determinista o «político». Desde los años ochenta, este enfoque ha extendido su influencia por las ciencias sociales, ganando seguidores en los campos de la historia, la economía política, la sociología, o las relaciones internacionales. Sin embargo, el aspecto más conocido de esta tradición es su particular lectura del capitalismo. El marxismo político sitúa el origen del capitalismo en un contexto específico: en el campo inglés, en contra de aquellos que lo identifican como un proceso paneuropeo difuso, derivado del comercio a larga distancia, como aseguraba Fernand Braudel, o del saqueo colonial, como aseveraba Immanuel Wallerstein.[2] Esta lectura del origen del capitalismo viene, a su vez, acompañada de una definición rigurosa de lo que el capitalismo es y no es. Mientras que en las sociedades comerciales anteriores el mercado se presentaba más como una «oportunidad», este se convierte bajo las lógicas capitalistas en un «imperativo» competitivo, generando así una compulsión autosostenida hacia el aumento de la

2 Braudel, F (1984), Civilización material, economía y capitalismo: siglos xv-xviii. El tiempo del mundo. Tomo 3, Alianza, Madrid; Wallerstein, I., (1998), *El moderno sistema mundial I, La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi*, Siglo XXI, México.

productividad. En el contexto de estas relaciones sociales de propiedad, la asignación del trabajo y la distribución de su producto social no responden fundamentalmente a dictámenes políticos, sino a una compulsión estructural que tiene lugar en la esfera privada de la reproducción. A su vez, ello deforma la relación, tanto institucional como ideológica, entre «lo económico y lo político», cuyas respectivas expresiones asumen una apariencia cada vez más separada entre sí.

Meiksins Wood se sirve de esta perspectiva sobre el capitalismo para impulsar una plataforma intelectual desde la que coordinar un asalto más amplio hacia lo que ella llamaba el «paradigma burgués», una visión lineal de la historia heredada de la Ilustración, cuyo máximo exponente es el concepto de «modernidad». Lo «moderno» supone el aparejamiento de una serie de procesos históricos, como la formación del estado burocrático, el auge de la economía capitalista o el avance tecnológico. Su desarrollo, supuestamente acompasado, se presenta como la culminación natural del progreso humano bajo el liderazgo de la burguesía. A lo largo de su obra, Meiksins Wood desafía este relato, el cual se encuentra tan arraigado que lo reproducen hasta sus críticos, y demuestra una gran perspicacia a la hora de descodificar su influencia, muchas veces implícita, desbaratando las asociaciones conceptuales que lo constituyen. Todo ello con el objetivo de reconstruir un relato alternativo, más abierto a la posibilidad de cambio. Wood se inspira en los trabajos del Marx más maduro, en los que rompe, si bien aún de forma tentativa, con los esquemas rígidos del progreso que hereda en su juventud de la historiografía liberal. Hacia el final de su vida, Marx comienza a esbozar una visión multilineal de la historia, estructurada no por una sucesión de etapas predeterminadas, sino por formas sociales maleables. Para Meiksins Wood, recuperar y elaborar esta perspectiva histórica es fundamental, pues abre la puerta a posibilidades futuras de autoemancipación popular.

En los años ochenta y noventa, Meiksins Wood comienza a afilar su perfil de ensayista, y lo hace editando algunas de las revistas más veneradas del marxismo anglosajón –primero la *New Left Review* (1984-93), y luego la *Monthly Review* (1997-2000). Al mismo tiempo, mientras que toma partido en debates contemporáneos, continúa elaborando su teoría del capitalismo, y comienza a contemplar la posición que ocupan raza y género en las relaciones sociales de propiedad. También trata de analizar la naturaleza del imperialismo en el contexto de la peculiar «separación entre lo económico y lo político» que avanza Wood, una donde el control

del territorio no supone un requisito para la dominación de un pueblo sobre otro. Sin miedo a pasar por una teórica anticuada, batalla contra las nuevas modas de la izquierda, a las que acusa de hacer las paces con el capitalismo. La mirada crítica de Wood desafía el socialismo de mercado de Roemer, pero muy especialmente el posmarxismo, con Laclau y Mouffe al frente (la crítica del cual, recogida en su libro *The Retreat From Class* (1986), le valió el premio Deutscher). Si bien compartía con el «posmodernismo de izquierdas» una crítica a la teleología de la «modernidad», Meiksins Wood rechazaba el abandono del sentido de la historia como un proceso abierto pero estructurado, así como la pérdida de cualquier comprensión sistémica de lo social.

Además, el abandono por parte de posmarxistas como Laclau y Mouffe de la política de clase, la cual se representaba como una identidad más, en favor de un proyecto de radicalización de la democracia liberal, le parecía que conducía a un callejón sin salida. El proyecto político de esta corriente se definía principalmente como un ensanchamiento de la sociedad civil como mecanismos discursivo para ampliar el espacio de la diversidad dentro de una batalla eminentemente electoral; lo cual según Wood, obviaba que bajo el capitalismo la dominación se reproduce principalmente a través de la sociedad civil, concretamente a través del imperativo de mercado.[3] Todo socialista debía estar del lado del feminismo y del antirracismo, así como de cualquier otra lucha contra la opresión y la desigualdad. Faltaría más. No obstante, separar estas causas del conflicto de clase, reduciéndolas a su carácter identitario, deja intacta la dominación impersonal que ejerce el capitalismo, un sistema que no solo demuestra una capacidad formidable para asimilar distintas identidades, sino para desecharlas también. Ensanchar la sociedad civil sin atacar las bases materiales del capitalismo difícilmente podría suponer un avance duradero para la democracia; un concepto que, como insiste en este libro, había de entenderse en sentido ateniense: como el autogobierno popular, incompatible con la dominación, tanto personal como impersonal, que ejerce el capital.

Publicado en el punto álgido de su carrera, *La democracia contra el capitalismo*, primeramente publicado en 1995, quizá sea el libro más importante de Ellen Meiksins Wood. Todas las temáticas descritas

3 Para un desarrollo práctico de estas ideas en España, véase Cancela, E., y Rey-Araújo, P., (2022), *Lessons of the Podemos experiment*, *New Left Review*, 138, noviembre/diciembre.

arriba se entrecruzan repetidamente en sus páginas. Y lo que sigue en esta introducción es una consideración más detallada y sistemática de ellas, incluyendo también observaciones que se elaborarán más tarde, tanto por ella como por sus discípulos.

## La historia social del pensamiento político: de la Antigüedad a la «Modernidad»

Durante su formación, Ellen Meiksins Wood inspeccionó las distintas aristas marxistas en el campo de la teoría política. Como decíamos, en este campo desarrolla, junto a su colaborador y primer marido Neal Wood, un enfoque particular: la historia social del pensamiento político. Este enfoque se presenta como una respuesta marxista a las perspectivas dominantes y, en particular, a la escuela de Cambridge que representaba Quentin Skinner, corriente para la cual un texto político solo podía entenderse en los mismos términos de la época en la que se escribió. Cada concepto había de desgranarse con extremada delicadeza, haciendo un reconocimiento exhaustivo de los debates contemporáneos. Según esta aproximación, para no caer en sesgos propios, el analista debe evitar extraviarse del texto, limitando su interpretación a un riguroso análisis de los «actos discursivos» (*speech acts*) presentes en él. El ejercicio intelectual de los Wood favorecía el «contextualismo» de esta perspectiva frente al universalismo de la generación anterior, representada por Strauss. Sin embargo, también rechazaba el sentido excesivamente empirista de lo que supone un contexto histórico que desplegaban autores como Skinner. Para los Wood, limitar la interpretación a controversias específicas, ininteligibles fuera de su tiempo y lugar, pecaba de un cierto «ahistoricismo», ya que el desarrollo del pensamiento político se presenta como una serie de episodios desconectados, extremadamente particulares y locales, sin relación declarable con transformaciones sociales más amplias. Los Wood criticaban que esta idea obviara el sentido de la historia como «proceso», es decir, como una sucesión de eventos conectados por una lógica explicable. Es por ello que situaban a los análisis de la escuela de Cambridge en la vecindad del posmodernismo. Siguiendo esta lógica, la alternativa que los Wood proponían era la contextualización del pensamiento político mediante la historia social. Partían de la siguiente premisa: los pensadores y teóricos políticos están profundamente involucrados en los conflictos de su época. A veces toman partido de

forma indirecta, mediante visiones abstractas de lo que supone la buena sociedad, pero otras veces lo hacen de forma directa, a través de una defensa más o menos explícita de los intereses de un grupo particular. Si bien un texto no se puede entender como un reflejo automático de la clase social del autor, igual de burdo es descontar el contexto social en el que se enmarca una intervención política. El materialismo histórico que defendían los Wood no era un modelo determinista y mecánico, sino un marco analítico flexible. La premisa fundamental de esta posición es simplemente que las prácticas sociales y productos culturales de cualquier lugar y época se encuentran necesariamente condicionadas por las relaciones que establecen los seres humanos entre sí y con la naturaleza para garantizar su supervivencia y reproducción social. Esto es lo que en el marxismo se conoce como «relaciones sociales», las cuales son fundamentales para entender las sociedades históricas y las luchas que se producen en su interior: existen personas que producen y otras que se apropian de lo que estas producen. Estas relaciones sociales se institucionalizan en formas de propiedad, dando lugar a pautas de conflicto y resistencia a su alrededor. Dicho de otro modo: las distintas cuestiones políticas que afronta el pensador al tratar de entender su época se le presentan siempre a través de formas sociales específicas. Es por ello que para los Wood el trabajo de contextualización debía ir más allá de las declaraciones explícitas e incorporar un análisis de la estructura social.[4]

Meiksins Wood remontaba los orígenes de la teoría política a la *polis* griega. Esta posición intelectual no se derivaba de un suceso accidental, y tampoco se explicaba únicamente por la excepcional cultura literaria

4 A lo largo de su trayectoria, Meiksins Wood aplicará este enfoque en múltiples trabajos, algunos escritos junto a su marido Neal, otros en solitario. Esta perspectiva informará sus intervenciones en otros campos también, entrecruzándose en sus textos de sociología histórica y en sus ensayos sobre cuestiones contemporáneas. Al final de su vida, retomará este proyecto para escribir dos tomos sintetizando la historia social del pensamiento político occidental, desde la Antigüedad hasta el auge del capitalismo. Véase Meiksins Wood, E., y Wood, N. (1978), *Class Ideology and Ancient Political Theory: Socrates, Plato, and Aristotle in Social Context*, Oxford University Press, Nueva York; Meiksins Wood, E., y Wood, N. (1997), *A Trumpet of sedition: Political Theory and the Rise of Capitalism, 1509-1688,* New York University Press, Nueva York; Meiksins Wood, E. (2008), *Citizens to Lords: A Social History of Western Political Thought from Antiquity to the Late Middle Ages*, Verso, Londres; Meiksins Wood, E. (2012), *Liberty and Property: A social history of western political thought from Renaissance to Enlightenment* (London ; New York: Verso, Londres y Nueva York.

de la Grecia clásica.[5] En efecto, si la teoría política surge en las ciudades Estado griegas, ello ocurre como reflejo de los problemas que esta peculiar forma política planteaba a la clase dominante. De hecho, los propios griegos eran conscientes de que las póleis griegas eran diferentes de las grandes autocracias orientales, en las que existía una demarcación clara entre el poder político y las clases dominadas. Estas daban cuenta de un estado del todo común entre las sociedades precapitalistas, al menos en sus expresiones más complejas: una burocracia centralizada, con la figura del monarca a la cabeza de un aparato descendiente de funcionarios que se encargaban de extraer rentas de las comunidades campesinas para luego redistribuirlas hacia arriba. Seguían este modelo desde los imperios egipcio, persa, chino e inca, incluso hasta cierto punto la monarquía absoluta «moderna». Sin embargo, la separación rígida entre un estado extractivo y una masa sometida se desdibujaba en las ciudades-estado del Mediterráneo antiguo. En cierto modo, las ciudades-Estado griegas eran comunidades autogobernadas, si bien el grado de integración de las masas en el proceso político variaba bastante según el caso La democracia ateniense constituía el contraste más claro respecto a los imperios burocráticos. Remontándonos a sus inicios, la democracia surge como consecuencia de una revuelta campesina que termina institucionalizando la igualdad jurídico-política entre la aristocracia y el campesinado, y otorgando una forma incipiente a una clase social peculiar: el ciudadano-campesino. El estado ateniense, de carácter asambleario y participativo, no solo fomentaba el desarrollo de la lógica y la retórica, sino que planteaba cuestiones complejas sobre la naturaleza del Estado, especialmente en la formación de las élites de la época.[6]

5 La diferencia entre la forma política griega y la que era propia de las autocracias orientales aparece tratada ya en Aristóteles. Si se quiere una discusión más amplia sobre las diferencias entre la forma de Estado de los imperios burocráticos y la de los estados grecorromanos, véase Meiksins Wood, E. (2012), «Class and State in China and Rome», en Larry Patriquin, ed., *The Ellen Meiksins Wood reader*, op. cit., pp. 62–66. Para comprender la figura del campesino-ciudadano ateniense en la obra de la autora, Meiksins Wood, E. (1989), *Peasant-Citizen and Slave: The Foundations of Athenian Democracy*, Verso, Londres y Nueva York. Por último, el carácter antidemocrático del canon ateniense lo trata Meiksins Wood en profundidad en *Citizens to Lords*.

6 No deja de resultar paradójico que la filosofía ateniense no haya dejado grandes defensores de la democracia, sino pensadores que articularon el escepticismo de sus élites hacia esta forma política. Mientras que Sócrates mostraba su escepticismo por tener que escuchar la opinión del zapatero en materias de gobierno, su discípulo, el aristócrata Platón, optaba por restablecer una clara separación entre el Estado

Los dilemas de gobierno derivados de la forma política de la polis, así como de la figura del campesino-ciudadano, se reproducen a lo largo del periodo greco-romano (y quizás también en las ciudades-estado fenicias y púnicas, aunque no exista constancia escrita de ello).[7] En primer lugar, tras las conquistas alejandrinas, el modelo de la polis se exporta hacia el este. Por su lado, las monarquías helenísticas recrean un aparato burocrático sobre las ruinas del persa, pero lo hacen sobre una base de ciudades autogobernadas, poléis de nuevo cuño formadas por colonos griegos.[8] Básicamente, la república romana adopta este modelo para organizar sus propias conquistas: reemplaza el estado helenístico en el Mediterráneo oriental y extiende su modelo por Europa occidental. La democracia ateniense quedaba ya lejos de las ciudades helenísticas y los municipios romanos tenían un carácter aristocrático. Pese a todo, el campesino mantuvo su estatus de ciudadano, lo cual le otorgaba una serie de derechos jurídico-políticos que a su vez le garantizaban una cierta independencia. Hasta qué punto podrá verse este privilegio que la aristocracia se veía abocada a buscar mano de obra esclava como alternativa de extracción a los ciudadanos campesinos, a los que la población esclavizada nunca superará en número… Asimismo, la persistencia de un campesinado independiente reproduce la pauta teórica que hemos observado anteriormente, pues todos los grandes pensadores clásicos –Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón– hicieron alegatos en favor de una constitución «mixta» que limitase el poder de las masas en la toma de decisiones públicas.

---

tributario y las clases productoras. De forma similar, Aristóteles describe la polis ideal como aquella que niega la ciudadanía del jornalero, del artesano y del campesino. La excepción a esta regla, nos explica Wood, es el sofista Protágoras, el cual replica a Sócrates que los atenienses «actúan razonablemente al aceptar el consejo del herrero o del zapatero en asuntos políticos». Donde sí se identifica una mayor sensibilidad democrática es entre las expresiones artísticas del periodo democrático, como las obras de Eurípides.

7 Los siguientes párrafos se basan en observaciones que hace Meiksins Wood a lo largo de *Citizens to Lords*, así como en «Class and State in China and Rome» y en «Rome and the empire of private property», todos disponibles en *The Ellen Meiksins Wood reader*, op. cit., pp. 62–69. También se integran observaciones de otros textos a los que Meiksins Wood hace referencia: Weber, M. (2013), *Agrarian sociology of ancient civilizations*, Verso, Londres; Anderson, P. (2013), *Passages from Antiquity to Feudalism*, Verso, Londres. Sobre la cultura literaria de las ciudades fenicias y púnicas, a la que Meiksins Wood hace alusiones pasajeras, ver Quinn, J. (2018), *In search of the phoenicians*, Princeton University Press, Princeton, pp. 60–61.

8 Max Weber describe a las nuevas ciudades como «islas griegas rodeadas de nativos». Weber, M. The Agrarian Sociology of Ancient Civilizations, Verso, Londres, p. 227.

El canon antiguo del pensamiento político refleja, pues, los problemas de la realidad grecorromana. En particular, las ansiedades de una clase dominante derivadas de tener ejercer su poder a través de un estado que incorporaba a terratenientes y a campesinos, a ricos y a pobres, en una única comunidad civil y militar.

Si bien el ideal democrático que encarnaba la figura del ciudadano-campesino no sobrevivió a la mutación imperial del estado romano, persistieron otros dilemas políticos particulares a la realidad greco-romana, como la existencia de una oligarquía que mantenía una relativa autonomía respecto al Estado. Esto resultará fundamental para entender la manera en que se desarrollan los conflictos de clase durante la época, pues el Mediterráneo clásico dio lugar a sociedades comerciales sofisticadas, en las que existía una economía de mercado, pero también el dinero y la propiedad privada (algo que Meiksins Wood insistía no debía confundirse con el «capitalismo», como veremos). La existencia de esta esfera económica privada permitía a las élites ejercer su poder con una cierta independencia del poder público, como se refleja, por ejemplo, en las diferentes trayectorias imperiales seguidas por China y por Roma. De un lado, la formación del estado imperial chino (en torno al siglo III a.C.) se hizo sobre la base de la imposición de un aparato central sobre las aristocracias provinciales. Los territorios conquistados se gestionaban mediante una burocracia territorial y se prevenía la concentración de tierras en manos de las oligarquías locales. Por el contrario, la república romana tenía un aparato de estado mínimo y las conquistas se realizaban de forma autónoma por una aristocracia propietaria, que se dedicaba a saquear los territorios conquistados (el caso de César, sin ir más lejos). Bajo esta forma jurídico-política, la administración local se ejercía mediante la implantación de municipios, controlados por una clase de terratenientes autóctonos (véase por ejemplo la urbanización de las Galias). En este contexto, las clases propietarias habían de luchar en dos frentes contra las clases populares, apoyándose en el Estado para que les garantizase su propiedad privada (papel fundamental del Estado según Cicerón); y contra el propio estado, contra el que a veces debían competir por la extracción de rentas. Un ejemplo paradigmático para cerrar este argumento es que la tensión entre el poder del estado y el poder de los propietarios tuvo un contraste tal que cristalizó en la introducción del derecho romano, que distingue entre la autoridad pública (*imperium*), algo semejante a la «soberanía» del estado, y la propiedad privada absoluta (*dominium*).

Ocurrió que, con la disolución del Imperio romano occidental, la contradicción entre ambas se acabará por resolver a favor de la segunda, produciéndo también la privatización del poder público en los señoríos.[9] A pesar de los sucesivos intentos de las monarquías francas por restablecer un poder central, la lógica de la «soberanía parcelada» típica del feudalismo acabó por asentarse en occidente. Sin embargo, lo hizo con grandes variaciones institucionales que dieron forma a un mosaico de jurisdicciones, derechos y «libertades» superpuestas y a veces contradictorias. A lo largo de los siglos se fueron formando monarquías feudales con distintos grados de autoridad central –compárese la fragmentación de la francesa con la centralización de la inglesa– a veces bajo la tutela de una autoridad superior, como el Papado o el Sacro Imperio. En el Mediterráneo persistirá con mayor intensidad la forma municipal romana, dando lugar en el norte de Italia a un feudalismo dominado por el patriciado urbano. Las repúblicas comerciales de este periodo, como Florencia o Venecia, utilizarán formas de arbitraje comercial para sacar provecho de la fragmentación política del continente. Hacia finales del siglo xv, esta fragmentación comenzará a dar paso a una dinámica de recentralización, especialmente en Iberia, Francia, e Inglaterra.

A medida que se reconstituye la esfera política en los siguientes siglos, se comienzan a sentar las bases del canon occidental «moderno», un concepto con el que Meiksins Wood era muy crítica. Para ella, el relato tradicional de la «modernidad» tendía a homogeneizar y a acompasar de forma artificial una serie de procesos políticos, económicos, y culturales que en realidad eran de naturaleza distinta. En el caso del pensamiento político «moderno» que desafía Wood, esto se reflejaba en una tendencia a exagerar su carácter paneuropeo, así como la novedad de ciertas expresiones intelectuales. Por eso, ella insistía en la necesidad de situarlo en la diversidad de contextos sociopolíticos que el medievo le había legado a la Edad Moderna. Entre los ejemplos que nuestra autora destaca, podemos encontrar los dilemas de las ciudades italianas del

9 Los siguientes dos párrafos derivan de observaciones que hace Meiksins Wood a lo largo de *Liberty and Property*, así como en Meiksins Wood, E. (2002), *The origin of Capitalism: A longer view*, Verso, Londres, pp. 85–94, 182–189. Para un análisis comparado del feudalismo desde la perspectiva del marxismo político, véase el trabajo del discípulo de Meiksins Wood, Comninel, G. (2000), «English Feudalism and the origins of Capitalism», *Journal of Peasant Studies*, *27*(4), pp. 1–53. El concepto de «soberanía parcelada», punto de referencia tanto para Meiksins Wood como para el marxismo político en general, es del medievalista Bloch, M. (2014), *Feudal Society*, Routledge, Nueva York.

Renacimiento desde las que teorizaba Maquiavelo, que eran bien distintos a los de las jurisdicciones alemanas de Lutero. También puedenenunciarse los problemas jurídico-políticos a los que se enfrentaba Vitoria, como el estatus de los súbditos paganos del nuevo mundo, particulares a la monarquía hispánica y sus conquistas transatlánticas. Tampoco eran iguales los problemas de la Francia recentralizadora de Bodin a los de la monarquía parlamentaria de Locke. Y mientras que el estado absolutista francés se encargaba de reorganizar el aparato feudal de dominación campesina, el estado inglés se levantaba ya sobre grandes terratenientes de carácter capitalista.

Pero si había una temática común entre todas las experiencias descritas, esta era los dilemas políticos que planteaba la existencia de una clase autónoma de propietarios, capaz de extraer rentas con relativa independencia del poder público, un legado que provenía de los antecesores grecorromanos.[10] En este contexto, Meiksins Wood destaca la ambivalencia que asumen discursos sobre la «libertad» o «igualdad». El carácter emancipatorio de ambos conceptos hubiese estado claro si la apropiación se hubiese organizado únicamente a través de un estado extractivo, como el de los imperios burocráticos antiguos, pues hubiesen supuesto un alegato claro contra la dominación de las masas y a favor del poder popular. Esto es lo que los antiguos llamaban «democracia». Sin embargo, la existencia de una clase de propietarios con medios de extracción propios complicaba la cuestión. La «libertad» o la «igualdad» podía reflejar también el deseo de los señores de restringir el control que el estado podía ejercer sobre su poder de clase, por ejemplo mediante medidas paternalistas dirigidas a limitar la extracción de rentas para mantener la paz social Contra este tipo de restricciones, los señores pasaron a defender sus libertades a través de demandas de «constitucionalismo» o «parlamentarismo», ideales con una cierta continuidad con la defensa del privilegio estamental, y que supusieron el germen de lo que después de la revolución francesa vino a llamarse «liberalismo». Mucho antes de ellos, la tensión entre ambas ideas se hizo patente durante la guerra civil inglesa. Entonces, el rey de Inglaterra optó por gobernar de forma absoluta y se enfrentó tanto a la insurrección de las élites propietarias, cuyo ideal era el de una oligarquía parlamentaria,

10 Abele, F., Comninel, G., y Meiksins, P., «Socialism and Democracy», op. cit., pp. 323–324. Meiksins Wood, E, *Citizens to Lords*, op. cit., p. 37, pp. 211–288. Estos temas se tratan también a lo largo de este libro, especialmente en los capítulos 6, 7, 8.

como a la resistencia de movimientos populares democráticos. Durante el conflicto, ambas facciones revolucionarias enarbolaron los ideales de la libertad y la igualdad para defender causas contradictorias, una tensión que se resolvió a favor de las oligarquías terratenientes y con la derrota de la causa popular. Más tarde, la revolución estadounidense articulará una síntesis entre el liberalismo y la democracia que tratará de paliar esta tensión mediante el filtrado de la voluntad de las masas a través de instituciones oligárquicas, dando lugar a la democracia «representativa». Pese a esta innovación, la tensión entre el carácter elitista del liberalismo y la naturaleza populista de la democracia persistirá hasta nuestros días.

Dicho esto, con la maduración del capitalismo se ha producido una cierta estabilización del conflicto entre principios liberales y democráticos, pero tan sólo debido a la pérdida de soberanía de la política sobre la esfera económica.[11] Dicho de otro modo, al hacerse aún más extrema la separación entre la apropiación privada y pública, el «imperativo de mercado» ejerce bajo el capitalismo presiones competitivas sobre la sociedad en su conjunto, independientemente de quien controle los resortes de gobierno. Las relaciones de intercambio adquieren así una lógica autónoma respecto al estado, hasta el punto que se empieza a imaginar «la economía» en términos abstractos, como si fuera una esfera de la realidad en la que operan leyes propias y donde la esfera política no debe entrometerse. Esto era impensable en épocas anteriores. No es otra que la economía política de Adam Smith y sus seguidores la corriente ideológica que se encarga de articular algunas de las primeras expresiones intelectuales de esta realidad, más tarde llevadas al extremo por la «ciencia económica» del siglo xix. Es en este contexto de autonomía de la esfera económica, y tras ejercer una férrea resistencia, que las élites económicas acaban por tolerar la integración de las masas dentro del estado, cada vez más privado de control sobre las lógicas del mercado. La «democracia liberal», otrora un oxímoron, se convierte en una posibilidad, pero lo hace decididamente a expensas de la democracia.

11 Ver capítulo 1. También Meiksins Wood, E., *Liberty and Property,* op. cit., pp. 305–317.

## El marxismo político y el origen del capitalismo

Toda la obra de Meiksins Wood denota un profundo interés por las sociedades pasadas, sus procesos de transformación, y el legado que han dejado en el presente. Es aquí donde su trabajo entronca con la sociología histórica de Robert Brenner, junto al que funda otra tradición de análisis: el «marxismo político», un enfoque que ha extendido su influencia por las ciencias sociales desde los años ochenta. El marxismo político parte de una sensibilidad «historicista», es decir, rechaza que el proceso histórico esté dirigido por leyes universales. Al contrario, por ejemplo, impugna el marxismo ortodoxo y su convicción de que el cambio histórico está gobernado por una tendencia universal al «desarrollo de las fuerzas productivas».[12] El marxismo político estipula que el cambio histórico se ha de entender a través de las pautas de desarrollo específicas a cada forma social en un proceso determinado de la historia. Estas pautas se entienden a su vez como un reflejo de las «relaciones sociales de propiedad» imperantes, las cuales institucionalizan la estructura de clases en un momento dado.[13] Por último, dichas relaciones dotan a cada sociedad de unas «reglas de reproducción» propias, así como de unas pautas de crisis y conflicto. Los contextos sociales de propiedad, las luchas políticas que las moldean, adquieren así un mayor protagonismo en el curso de la historia.

El punto de partida del marxismo político fue la ampliamente debatida tesis de Brenner sobre la transición del feudalismo al capitalismo. En una serie de artículos publicados en los años setenta y ochenta, Brenner desafía las principales teorías al respecto y, en particular, lo

12 Para una discusión del auge de esta tradición de análisis, así como de su sentido del «historicismo», véase Knafo, S., y Teschke, B. (2020), «Political Marxism and the rules of reproduction of Capitalism: A Historicist critique», *Historical Materialism*, *29*(3) pp. 54–83. También el debate que generó este artículo en el mismo número de la revista.

13 Brenner define las relaciones sociales de propiedad como una combinación entre las relaciones de clase «verticales» –productores directos y explotadores– y las relaciones de clase «horizontales» – entre productores directos, entre explotadores– y que regulan, de forma conjunta, el acceso de los individuos, las familias, y las empresas a los medios de producción (tierra, trabajo, herramientas) y/o a una parte del plustrabajo social. Brenner, R. (2007). «Property and progress: Where Adam Smith went wrong», en *Marxist History-Writing for the twenty-first century*, British Academy, Oxford, p. 58.

que él llama «el modelo de la comercialización». Según esta teoría, el origen del capitalismo se encontraría en el auge del comercio de la fase final de la Edad Media, lo cual habría tenido el efecto de disolver las instituciones feudales. El impulso de este proceso habría venido del desarrollo de las economías urbanas gracias al auge del comercio a larga distancia, primero con la formación de un mercado continental de granos y luego con los intercambios coloniales. Así, una economía comercial o protocapitalista se habría gestado en las grietas de la estructura feudal, y ulteriormente radiado desde las ciudades hacia el campo. Según el modelo de la comercialización, ello habría minado las bases tradicionales del feudalismo, como los privilegios corporativos o las relaciones de dependencia personal, imponiendo la lógica del mercado de manera paulatina.

Tomando este análisis como punto de partida, cabe señalar que algunas variantes afirman que una «revolución burguesa» al estilo francés fue la encargada de darle el golpe de gracia al feudalismo, aunque la fuerza motriz principal habría sido la «comercialización». Para estas visiones, la culminación de este proceso sería la revolución industrial, que da paso a las transformaciones típicas de una economía capitalista madura: la generalización del trabajo asalariado, el despegue de la productividad, la urbanización masiva, la sociedad de consumo… Pero Robert Brenner niega la mayor. Para el historiador económico, las ciudades y el comercio habrían existido también en épocas anteriores, e incluso en mayor medida que en la Europa tardomedieval, sin que se hubiese desatado nada parecido a una revolución industrial. Por ejemplo, en el Mediterráneo antiguo o en el medievo islámico.[14] Además, sostiene Brenner, el despegue del comercio colonial tuvo un impacto muy desigual sobre el desarrollo económico europeo: la cuna de la revolución industrial no fue España, metrópoli de un inmenso imperio comercial, sino Inglaterra, un remanso atrasado de auge relativamente tardío. Así, como apuntaría luego Meiksins Wood, los teóricos de la comercialización parten de un argumento bastante falaz. Su razonamiento es tautológico: se explica el advenimiento del capitalismo por medio de su existencia previa. La premisa inicial es que las economías urbanas habrían sido siempre una

14 Brenner, R. (1977) «The origins of capitalist development: A critique of Neo-Smithian Marxism», *New Left Review*, I, 104, julio/agosto, pp. 25–92. El argumento de Wood al respecto se articula con gran claridad en *The origin of Capitalism: A longer view*, op. cit.

especie de capitalismo embrionario, que no acaba de desarrollarse hasta la época moderna. El culpable de este retraso varía en función del autor –costumbres irracionales, la persistencia de una propiedad «imperfecta», cuellos de botella geográficos– pero la estructura del relato es siempre la misma. La pregunta que se plantean los teóricos de la comercialización no es tanto ¿por qué se produjo la transición capitalista?, sino, ¿por qué no se produjo antes? Dicho de otro modo: lo que subyace de muchas de las interpretaciones es simplemente una naturalización del capitalismo.

Todo esto cobra más sentido si nos damos cuenta de que el modelo de la comercialización hunde sus raíces en Adam Smith, para el cual la extensión del comercio reflejaba «la propensión de la naturaleza humana … a trocar, permutar, y cambiar una cosa por otra». Para este autor clásico, el progreso de la civilización se movía a través de una secuencia teleológica de «modos de subsistencia» hasta culminar en la «sociedad comercial», destino final de la naturaleza humana.[15] El sujeto de este proceso era la burguesía comercial, cuyo ascenso rompía las restricciones que las costumbres feudales le imponían al mercado. El modelo de la comercialización es una continuación de este relato, el cual a lo largo de los siglos ha adquirido un gran pedigrí en las ciencias sociales (Weber, Rostow, Braudel), e incluso sus variantes marxistas (Sweezy, Gunder Frank, Wallerstein, a los que Brenner califica no con poca sorna de «marxistas neosmithianos»).

Brenner apunta que el desarrollo de las economías urbanas, incluso hasta un punto considerable, era perfectamente compatible con las pautas de desarrollo de las sociedades precapitalistas.[16] En estas, al menos en aquellas de carácter sedentario, la existencia de una figura como la del Estado dependía del control y redistribución de un excedente agrario, el cual sustentaba a una élite política que a su vez controlaba la redistribución de este excedente hacia una minoría urbana. Esta minoría estaba formada por especialistas (artesanos, mercaderes, administradores), cuyas actividades estaban en gran medida orientadas hacia el consumo y a la reproducción de la clase dominante (provisión de artículos de lujo, equipamiento militar…). Las economías urbanas, pues, tenían un rol

15 Comninel, G. (2012), «Marxism and History», en Ben Fine, Alfredo Saad-Filho, y Marco Boffo, ed., *The Elgar companion to Marxist Economics*, Elgar, Cheltenham., 212–219.

16 Brenner, R. (2011) «The Pre-History of core–periphery», en Peter Hans Reil y Balázs A. Szelényi, ed., *Cores, peripheries, and globalization*, Central European University Press, Budapest, pp. 203–232.

fundamental en la división del trabajo precapitalista. No obstante, la matriz económica fundamental estaba constituída por la agricultura de subsistencia, de predominio aplastante, organizada generalmente a través de pequeñas explotaciones campesinas en las que el cambio técnico era lento y esporádico. Con la productividad estancada, el aumento de la población generaba problemas de abastecimiento y crisis de subsistencia. La economía campesina marcaba, pues, el ritmo de la reproducción social. Dentro de sus límites, la urbanización y el comercio se podían desarrollar considerablemente, pero esto no alteraba la tendencia al estancamiento productivo de la base económica agraria ni presagiaba el crecimiento económico de tipo capitalista.

Esta pauta de desarrollo se mantuvo en Europa a lo largo de toda la Edad Moderna, con una notable excepción: Inglaterra. Es ahí donde Brenner identifica la ruptura capitalista; no en la ciudad, sino en el campo.[17] La clave habría sido la lucha de clases campesina en la Europa tardomedieval, cuyo impacto desigual sobre las «relaciones sociales de propiedad agraria» habría «refractado» los efectos de la comercialización en direcciones distintas. En Francia, por ejemplo, donde la resistencia del campesinado obliga a la nobleza a buscar la protección de la monarquía, se establece el estado absolutista. Esta forma política pasa a actuar como una especie de señor colectivo, creando un aparato burocrático para extraer rentas de un campesinado que, sin embargo, se mantiene generalmente autosuficiente. En Inglaterra, por el contrario, las peculiaridades de su feudalismo darán lugar a un régimen agrario particular, en el que los terratenientes someten a sus campesinos a arrendamientos a corto plazo. El aumento de la población a lo largo de la Edad Moderna acelera la divergencia entre estas estructuras sociales. La agricultura francesa sigue la pauta tradicional: la presión demográfica fragmenta las explotaciones familiares, reforzando la tendencia hacia el estancamiento productivo de la agricultura de subsistencia. Los campesinos ingleses, en cambio, se ven forzados a aumentar la producción constantemente, pues los terratenientes se dedicaban a subir el precio de los arrendamientos a medida que aumentaba la demanda de suelo. Entonces, una extraña dinámica entra

17 Las primeras intervenciones de Brenner sobre este tema, así como el inmenso debate que generaron, se recogen en Aston, T.H., y Philpin, C.H.E. (1985) *The Brenner debate: Agrarian class structure and economic development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge University Press, Cambridge.

en juego: la competición productiva.[18] Aquellos arrendatarios incapaces de mantener la productividad al nivel necesario perdían el acceso a sus tierras. Aquellos que introducían nuevas técnicas de producción para aumentar la productividad al nivel necesario no solo mantenían sus tierras, sino que incluso consolidaban varios arriendos para formar granjas más amplias, capaces de alcanzar una mayor eficiencia. Con el tiempo, la tierra se concentra en manos de grandes arrendatarios capitalistas, que empleaban trabajo asalariado y ejercían una constante disciplina productiva. A lo largo de la época moderna, también se produce un aumento sistemático de la productividad agraria en Inglaterra, con la consiguiente caída de los precios de la alimentación. Esto a su vez permite la transferencia de una mayor parte de la población a las tareas industriales, primero a través de la industria doméstica rural, a la que se ven abocados los campesinos desposeídos. Tras la Revolución Gloriosa de finales del siglo XVII, la monarquía inglesa crea una estructura fiscal capaz de tasar de un creciente excedente productivo, lo cual a su vez le permite financiar mejor sus ejércitos. Ello permite que, bajo el impulso de este «estado fiscal-militar», Gran Bretaña experimente un gran auge en su condición imperial en el siglo XVIII. Esto quiere decir que su imperialismo no fue causa, sino consecuencia de su transición capitalista. El auge geopolítico de Gran Bretaña impulsará más tarde el desarrollo capitalista en potencias rivales. Otros países europeos se verán bajo presión por emular su capacidad productiva mediante esfuerzos «desde arriba» –transiciones «desarrollistas», dirigidas por el estado– pero con poco éxito hasta la segunda mitad del siglo XIX.

18 Este párrafo incluye el trabajo de discípulos de Brenner y de Wood. Para la transición del capitalismo agrario al industrial en Inglaterra, véase Żmolek, M. (2014), *Rethinking the Industrial Revolution: Five centuries of transition from Agrarian to Industrial Capitalism in England*, Haymarket, Londres. Para el impacto geopolítico de la transición inglesa, véase Teschke, B. (2003), *The myth of 1648: Class, geopolitics, and the making of modern international relations*, Verso, Londres. Para un volumen editado explorando las transiciones de otros países desde esta perspectiva, ver Lafrance X., y Post, C. (2018), *Case studies in the origins of capitalism*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

## El mercado como compulsión: contra el paradigma burgués

Ante la polémica levantada por la tesis de Brenner, Meiksins Wood no solo se presentó como su principal defensora, sino que además procedió a desarrollar y elaborar las implicaciones teóricas de sus posiciones. De acuerdo con su visión, el principal logro de Brenner había sido desnaturalizar el capitalismo. Mientras que algunas corrientes otorgaban a las peculiares dinámicas productivas de este sistema un origen casi mítico, trazando la génesis de los comienzos del capitalismo en relaciones de intercambio milenarias, el análisis de Brenner se situaba en un contexto histórico muy específico. Ello tenía un inmenso significado político para las posiciones marxistas. Si el capitalismo no es una expresión de la naturaleza humana, sino una forma social específica más, con un comienzo determinado y relativamente tardío en la historia, entonces también puede tener un final.[19] Tanto las posiciones de Wood como de Brenner supusieron un órdago en toda regla a la visión teleológica del progreso que sus coetáneos habían heredado de la ilustración, y una continuación consistente y premeditada del proyecto teórico que Karl Marx había dejado inacabado: la crítica de la economía política burguesa.

No obstante, todo hay que decirlo, Marx también fue susceptible a las tentaciones deterministas de la historiografía burguesa. Por ejemplo, cuando presenta el cambio social como una sucesión predeterminada de «modos de producción» –influencia directa de Smith – o cuando predica sobre la necesidad de una revolución burguesa como fase previa al socialismo. Estas constituyen influencias residuales del pensamiento liberal tan extendido en su época. Además de ser, paradójicamente, los preceptos que el marxismo ortodoxo ha terminado asumiendo de forma más dogmática. Ahora bien, este perfil determinista se desdibuja en sus trabajos más maduros, como indica nuestra autora, en los que Marx esboza una visión multilíneal de la historia, abierta a distintos caminos, y otorga un mayor protagonismo a la lucha de clases. En lo que respecta a la transición del feudalismo al capitalismo, las observaciones de Marx resultan harto interesantes para este breve estudio, pues descartan el comercio como un factor determinante en el paso de un modo de producción a otro y apuntan hacia un acto fundacional de carácter político:

19 Meiksins Wood, E., *The Origin of Capitalism: A Longer View*, op. cit.

la expropiación del campesinado, un proceso que según el propio Marx habría adquirido su forma clásica «solamente en Inglaterra», teoría que el propio Brenner corrobora.[20] Marx habría sido el primero en romper con la historiografía burguesa al determinar que aquello que estructuraba el proceso histórico no era alguna suerte de ley universal, sino la forma específica que cada sociedad adopta para organizar la extracción y redistribución del excedente de trabajo (*plustrabajo*). Es por ello que cuando el historiador Guy Bois acusaba a Brenner de adolecer de un «marxismo político», que descuidaba las fuerzas económicas, Meiksins Wood se apropió del término con cierta ironía. No porque su marxismo fuese «voluntarista», como argüía Bois, sino porque incidía en que el secreto de cada forma social es siempre, en última instancia, de carácter político: las relaciones sociales de propiedad y dominación que dan forma a las sociedades.

Esta observación es de particular importancia en una sociedad de apariencia tan sumamente determinada por la esfera «económica» como es el capitalismo; una apariencia que no deja de ser reflejo de las relaciones sociales de propiedad.[21] Al contrario, en las sociedades precapitalistas, la mayoría campesina generalmente se encontraba en posesión de la tierra y, por tanto, podía subsistir con cierta independencia. En este contexto, la extracción de plustrabajo requería de la «coerción extraeconómica» –el uso de la violencia o su amenaza– la cual se institucionalizaba en mecanismos tributarios (impuestos, tarifas, arrendamientos, regalías, aprovisionamientos…), así como en desigualdades jurídicas y políticas entre la clase dominante y las clases dominadas. En la sociedad capitalista, sostienen Wood y Brenner, esta realidad se invierte. La competición

20 Sobre la expropiación del campesinado inglés: Marx, K. (1990) *Capital: A Critique of Political Economy,* vol. 1, Penguin, Londres, capítulo 26. Marx apunta que «la mera presencia de riqueza monetaria, e incluso el logro de una cierta supremacía por su parte, es de ninguna manera suficiente para la disolución [del feudalismo]», de lo contrario sociedades con un alto grado de comercialización, como la «Roma antigua, Bizancio, etc.» habrían sido el origen de «una nueva historia». «[El] capital comercial existe en proporción inversa al desarrollo económico general de la sociedad». Marx, K. (1993), *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Penguin Classics, Londres, pp. 505–507. También nota que la concentración de la riqueza monetaria de tipo usurero/financiero en las sociedades precapitalistas «empobrece el modo de producción, debilita las fuerzas productivas en lugar de desarrollarlas, y simultáneamente perpetúa las condiciones lamentables en las que la productividad social del trabajo no avanza». Marx, K. (1993), *Capital: A Critique of Political Economy*, vol. 3, Penguin Classics, Nueva York, pp. 728–732.

21 Para la «separación de lo económico y lo político», ver capítulo 1.

de mercado se traduce en la concentración de capitales y en la desposesión del productor. Esto se traduce en la generalización del trabajo asalariado, que a su vez permite la extracción de plustrabajo (ahora en forma de *plusvalía* monetaria) sin que la coerción extraeconómica sea realmente un requisito necesario. De esta forma, es la falta de acceso a los medios de subsistencia aquello que obliga a la clase trabajadora a ser «dependiente del mercado», forzándola así a vivir de un salario. En otras palabras, únicamente media una relación comercial y la clase trabajadora se somete a su explotación «voluntariamente», a saber, sin necesidad de que ciertas desigualdades jurídicas o políticas la obliguen a ello. La coerción, de acuerdo con los postulados de la corriente del marxismo político, adquiere un carácter «puramente económico», al menos en condiciones «normales», es decir, en periodos sin grandes disturbios. Es como si se privatizara el uso de la fuerza y se entregara a la esfera del mercado. Además, esta misma coerción económica se extiende también al propio capitalista y poseedor de los medios de producción, pues los ritmos de explotación le vienen impuestos por el proceso de competencia en el mercado y el estándar de productividad que este exige. Como indica Meiksins Wood, ese es el aspecto que mejor caracteriza al capitalismo, aquello que lo separa de toda sociedad anterior: el «imperativo de mercado» determina las relaciones de los individuos, es como una fuerza subterránea que marca los límites y los tiempos de la acumulación de capital. Si bien es cierto que el mercado ha existido durante miles de años, en las sociedades precapitalistas el comercio se le presentaba al empresario como una «oportunidad» de tipo rentista, no como un «imperativo» que sometía su reproducción social a la productividad y la competencia.[22] La especificidad del capitalismo es que tanto el trabajador como el empresario quedan sujetos a la misma disciplina. En este contexto marcadamente capitalista, la dominación de clase adquiere un carácter impersonal, cuyo origen es

22 El comercio en las sociedades precapitalistas se basaba en prácticas de arbitraje o de especulación que se pueden resumir con la siguiente fórmula: «comprar barato para vender caro». Es decir, la reproducción del capital invertido dependía poco de la productividad competitiva. Esto se explica también por la desintegración política de los mercados, la existencia de instituciones monopolistas o privilegios comerciales, o el subdesarrollo de las tecnologías de transporte. La distinción entre el mercado como «oportunidad» y como «imperativo» la desarrolla Meiksins Wood en el debate que mantiene con Brenner sobre la transición holandesa. Véase Meiksins Wood, E. (2002), «The question of market dependence», *Journal of Agrarian Change*, *2*(1), pp. 50–87. También discute esta distinción, con característica claridad, en *The Origin of Capitalism: A Longer View,* op. cit., pp. 6–8.

descentralizado y difuso, y resulta difícil de identificar y ya no digamos de politizar. Este proceso de compulsión impersonal abre una brecha, tanto institucional como ideológica, entre «lo económico» y «lo político».

En las sociedades precapitalistas, reflejando un proceso de acumulación generalmente de carácter tributario, cuestiones relativas a quién produce y quién se apropia de lo que otros producen tendían a estar muy vinculadas a la cuestión en torno a quién ostenta el poder en la sociedad, cómo, y por qué. Es decir, «lo económico» tenía un carácter inmediatamente «político». Por el contrario, en la sociedad capitalista ambas cosas pasan a habitar «esferas» distintas. El mercado adquiere una lógica autónoma, independientemente de quién ostente el poder público, mientras que el estado continúa ejerciendo un papel coercitivo, aunque llegado este punto lo hace de forma auxiliar. En condiciones «normales», la explotación se autosostiene por el propio contexto estructural, por las presiones del mercado. En este tipo de sociedad, en la que se produce «una separación entre lo económico y lo político», la dominación de una clase por otra se hace perfectamente compatible con la incorporación al proceso político, o democrático, de los explotados. Ahora bien, siempre y cuando las relaciones sociales de propiedad que constituyen esta sociedad queden al margen de la verdadera práctica de la democracia, es decir, que la lógica del mercado o la propiedad privada pasen a estar blindadas por mecanismos constitucionales. Cuando se alcanza este marco institucional, la igualdad legal entre individuos, e incluso la práctica del sufragio universal, deja de suponer una amenaza para las élites económicas. Por estos motivos, en la obra de Meiksins Wood, la tarea fundamental que adquiere el materialismo histórico es la repolitización de las relaciones sociales de propiedad vigentes, pues ello permite dejar al descubierto la persistencia, pese a las apariencias, de una contradicción entre democracia y capitalismo.

La crítica del relato tradicional del capitalismo que realiza nuestra autora se enmarca dentro un proyecto teórico más amplio: la subversión de lo que denominó el «paradigma burgués».[23] Según critica, este lleva aparejado una visión teleológica de la historia que hereda de la ilustración, a saber, un mito sobre el progreso, bajo el cual la «modernización» se expresaría como realización de la naturaleza humana, intrínsecamente

23 El concepto del paradigma burgués lo desarrolla en Meiksins Wood, E. (2002), «The question of market dependence», op. cit., pp. 50–87. Para una discusión, ver Patriquin, L. *The Ellen Meiksins Wood Reader*, op. cit., p. 5.

comercial. Este paradigma tiende a establecer un cúmulo de asociaciones entre el auge de la economía capitalista, la formación del estado moderno, especialmente en su vertiente liberal-parlamentaria, así como el avance tecnológico y la «racionalización». Estos procesos, supuestamente entrelazados, habitualmente se vinculan con un desarrollo lineal de la civilización humana. Por tanto, bajo este modelo teleológico, todo progreso habría de culminar en la «sociedad comercial» (Smith), «burguesa» (Hegel), o «moderna» (Weber). De esta forma, la lógica de la «modernización» es universal, pues hunde sus raíces en la misma naturaleza humana, pese a que algunas sociedades han sido más proclives a ella, particularmente aquellas que emanan de Europa occidental, la cuna de la «modernidad». El paradigma burgués se encuentra tan extendido entre el campo intelectual contrato que incluso ha producido su propia variante marxista. Para el marxismo ortodoxo de corte «tecno-determinista», la historia se presenta como una sucesión de modos de producción que progresan al compás de una tendencia universal al desarrollo de la productividad (el equivalente marxista a la razón comercial smithiana).[24] Cada modo está determinado por una «base» económica, cuyo desarrollo presiona contra una «superestructura», formada por instituciones políticas, legales, culturales, forzándolas a adaptarse a una economía cambiante. La transformación superestructural se completa cuando una clase social emergente, asociada a un nuevo modo de producción embrionario, toma el poder político. En el caso de la transición al capitalismo, este habría sido el papel de la «revolución democrática burguesa», antesala de una revolución socialista posterior, liderada por el proletariado.

Este relato sobre la transición a la modernidad, tanto en sus vertientes liberales como marxistas, tiende a quedar codificado en una serie de dicotomías conceptuales. Algunos ejemplos de ello son la contraposición entre: lo rural contra lo urbano; la agricultura contra el comercio; la aristocracia frente a la burguesía; el feudalismo frente al capitalismo; o la superstición frente a la razón. En su obra, Meiksins Wood desmonta este relato al desbaratar las asociaciones que lo constituyen.[25] Para

24 Ver capítulos 2 y 4.

25 Este párrafo combina observaciones que hace Meiksins Wood a lo largo de *The Origin of Capitalism: A Longer View*, op. cit.; y *Liberty and Property*, op. cit. El análisis de la Revolución francesa que se presenta aquí se complementa con los siguientes estudios, ambos de discípulos suyos: Comninel, G. (1991), *Rethinking the French Revolution: Marxism and the Revisionist Challenge*, Verso, Londres; Lafrance, X. (2020), *The Making of Capitalism in France: Class Structures, Economic Development,*

esta autora, ni el capitalismo fue la culminación de un proceso universal, ni fue un proyecto paneuropeo liderado por la burguesía urbana. El capitalismo fue un accidente histórico, que se dio de forma espontánea en el campo inglés como resultado involuntario de los esfuerzos de sus señores feudales por reconstituir su poder de clase. La razón tecnológica tuvo poco que ver con el origen de la revolución industrial, pues la sociedad inglesa se encontrara atrasada con respecto a la difusión del saber científico y técnico de la época.[26]

El estado «moderno», con su característica burocracia permanente y autoridad racional, no surgió en Inglaterra. De hecho, en la época moderna imperaba allí un régimen de privilegios hereditarios e «irracionales», cuyos resquicios feudales aún perviven y dotan al estado británico de sus peculiares características (por ejemplo, la Cámara de los Lores). Este régimen político se consolidó durante la revolución inglesa, que fue una revolución «capitalista pero no burguesa», en la que una clase de terratenientes capitalistas consolidó su poder sobre el estado mediante su representación. Y lo hizo a través de un parlamento oligárquico que se encargaba de evitar que la monarquía se extralimitase sobre sus intereses privados.

El «estado moderno» no se originó en la Inglaterra capitalista sino en la Francia absolutista, en buena medida fruto de los esfuerzos de la monarquía absoluta por reconstituir un aparato tributario centralizado, similar al de los imperios antiguos. Este proceso se completó, paradójicamente, tras la revolución francesa, la cual fue, si acaso, «burguesa», pero decididamente no «capitalista». El líder revolucionario francés típico no era un mercader proto-capitalista, sino un profesional liberal que daba voz a las aspiraciones democráticas de las masas, como muestra el abogado Robespierre. Esto se plasma en los resultados de la revolución. Por ejemplo, la república francesa puso en práctica el ideal ilustrado de la meritocracia. Así, el funcionariado del estado, cuyos puestos acaparaba antes la aristocracia, se abrió al talento, dando paso a una burguesía profesional. Pero la revolución también reforzó los derechos de las capas populares, permitiendo que un campesinado de subsistencia y un artesanado paragremial continuaran reproduciéndose mediante dinámicas

*the State and the Formation of the French Working Class, 1750-1914*, Haymarket Books. Chicago.

26 Hobsbawm, E (1977). The Age of Revolution: 1789-1848. Abacus. Londres. Ver pp. 43-8.

no capitalistas y manteniéndose así durante mucho tiempo. Mientras que los teóricos de la modernización equiparan el auge de una burguesía capitalista con el avance del ideal democrático, Meiksins Wood reclama la democracia para las masas, las cuales no necesitaron del capitalismo para reimpulsar una aspiración popular mucho más antigua. Esta es una de las ideas más poderosas de nuestra autora para orientarnos en un presente convulso donde las fuerzas del mercado no están necesariamente alineadas, ni siquiera, con la democracia de los propietarios.

## Renovando el materialismo histórico a contracorriente

La tarea del marxismo político desde los años ochenta ha sido dar forma a un relato marxista alternativo al del paradigma burgués con el objetivo de librar al materialismo histórico de sus sesgos deterministas y recentrar la lucha de clases en el proceso histórico. Sin embargo, este proyecto de renovación ha ocurrido a contracorriente. No solo porque ha coincidido con el descrédito del marxismo tras la caída de la Unión Soviética, sino también porque se ha solapado con el auge de otra tendencia crítica en la izquierda: el posmodernismo. A pesar de compartir un escepticismo por los determinismos, el posmodernismo combate no solo la «metanarrativa» estándar de la modernidad, sino cualquier gran relato histórico, los cuales tacha de totalitarios. De esta forma, pareciera que el curso de la sociedad humana quedara fragmentado en episodios heterogéneos y dispares, conectados entre sí no por causalidades claras, sino por meras contingencias aleatorias, negándole un sentido de proceso a la historia y, por tanto, cancelando la capacidad de actuar sobre ella y darle forma. Esta perspectiva se ha extendido a cualquier análisis de carácter estructural o sistémico, llegando incluso a poner en duda el mismo concepto de «capitalismo» (o incluso el de «sociedad»). Lo social asume bajo esta perspectiva una imagen fluida y descentralizada, constituida por una multiplicidad de identidades y articulaciones discursivas, pero ninguna de ellas tiene una posición privilegiada sobre las otras.

El paradigma posmoderno tendrá también su variante «posmarxista», Ernesto Laclau y Chantal Mouffe siendo sus caras más conocidas. Estos autores abogaban por relegar de su posición privilegiada en el ideario socialista a la clase trabajadora y a la lucha de clases en general. La alternativa planteada ha sido la formación de un frente amplio donde se incluyan a los «nuevos movimientos sociales» –el pacifismo, el

ecologismo, el feminismo, el antirracismo, que en la jerga representarían demandas horizontales distintas a las de clase– para integrar sus respectivas identidades en un proyecto político común. Este proyecto había de ser el ensanchamiento de la «sociedad civil» para ampliar el espacio de la participación y la diversidad. En un principio este movimiento debía sentar las bases de una futura transición al socialismo, aunque mediante una vía gradual y democrática. Sin embargo, con el tiempo, la postergación del socialismo se fue haciendo cada vez más indefinida, cuando no reemplazada por objetivos mucho más modestos, como una economía mixta más igualitaria o democrática. La revolución, bajo el prisma posmarxista, quedó reconceptualizada como una «radicalización» de la democracia liberal.

Meiksins Wood se erigió como la crítica más feroz del posmarxismo.[27] Para ella, esta corriente no era más que una imagen invertida del mismo marxismo ortodoxo que criticaban los propios posmarxistas, aunque sustituyendo el determinismo económico por la contingencia discursiva. En ambos casos se adolecía de una misma incapacidad para entender la configuración histórica del capitalismo. En lo político, nuestra autora fue bastante mordaz. Acusaba a la izquierda posmoderna de buscar excusas para hacer las paces con el capitalismo en un momento en que su dominio parecía inescapable, aceptando de forma tácita la última manifestación del paradigma burgués: el «fin de la historia», la metanarrativa definitiva. La fascinación que expresaban con la sociedad civil, representada como una esfera de libertad, demostraba el peligro que suponía perder de vista una comprensión estructural del capitalismo y de sus compulsiones sistémicas. La particularidad del capitalismo radica precisamente en que la dominación se ejerce de forma impersonal a través de una esfera privada: la sociedad civil. Sin duda, todo socialista ha de reconocer la virtud de las libertades civiles para evitar los excesos del poder político, como la libertad de expresión o la igualdad entre individuos. Sin duda, estos son objetivos loables y necesarios a los que el socialismo debería aspirar, pero nunca a expensas de una política de clase orientada a cerrar la «separación entre lo económico y lo político». Como Wood nos ha enseñado, la democracia «liberal», con su blindaje constitucional de la propiedad privada o la competición de

27 Este análisis del posmodernismo/posmarxismo lo elabora en Meiksins Wood, E. (1999), *The Retreat from Class: The New «True» Socialism*, Verso, Londres, así como a lo largo del presente libro.

mercado, se basa en mantener los resortes de la economía fuera del alcance de las masas, privándolas así del control sobre sus vidas. La paradoja de la «democracia liberal» es que las condiciones de posibilidad del liberalismo son las mismas que estrechan el alcance de la democracia, una contradicción que el posmarxismo nunca ha querido afrontar.

En su defensa férrea de la política de clase, Meiksins Wood reniega de la reorientación del proyecto socialista en torno a demandas «extraeconómicas» o de tipo identitario. Aquí hace la que es sin duda la aseveración más polémica de su carrera: que el capitalismo es «estructuralmente indiferente» hacia la raza y el género.[28] Su argumento es que el carácter impersonal o «puramente económico» de la dominación capitalista –es decir, que no depende de una coerción directa o «extraeconómica» para reproducirse– dota al sistema capitalista de una capacidad única para asimilar demandas de carácter «extra-económico». De la misma forma que ha conseguido asimilar la igualdad jurídico-política entre clases, no hay que descartar que el sistema pueda, algún día, asimilar también la igualdad entre géneros y razas. Algo así vaticinaban ya los primeros teóricos del neoliberalismo, como Hayek, para quienes la esfera de la democracia era para cuestiones «culturales» (educación, símbolos, lenguas) pero nunca económicas –lo único demasiado precioso como para que lo manosearan las masas era el mercado.[29]

28 Para una perspectiva crítica, véase el reciente debate en la revista *Viewpoint* en torno al artículo de Arruzza, C. (2015), «Logic or History? The Political Stakes of Marxist-Feminist Theory», *Viewpoint Magazine*. También: Bieler, A., y Morton, A.D. (2021), «Is Capitalism structurally indifferent to gender?: Routes to a Value Theory of reproductive labour», *Environment and Planning A*, *53*(7), pp. 1749–1769. Para una perspectiva crítica desde el marxismo político, véase Leach, N. (2019), «Rethinking the Rules of Reproduction and the Transition to Capitalism: Reading Federici and Brenner Together», en *Case Studies in the Origins of Capitalism*, pp. 317–342. Post, C. (2020), «Beyond "Racial Capitalism": Towards a Unified Theory of Capitalism and Racial Oppression», *The Brooklyn Rail*.

29 La problemática que animaba a los primeros neoliberales era la de cómo reconstruir la globalización capitalista en el mundo que había salido de la Primera Guerra Mundial. Para ellos, la extensión del sufragio universal, así como la universalización del principio de soberanía nacional instalada con el Plan Wilson, habían traído consigo una sobre-extensión del estado sobre la economía. Todo ello se reflejaba en el auge de la planificación y el nacionalismo económico, principios que se habían de combatir. Para los primeros neoliberales, muchos de ellos de formación vienesa, el desaparecido Imperio Austrohúngaro suponía un modelo de inspiración. Entre sus aspectos que encontraban más atractivos, como nos explica el historiador Quinn Slobodian, era su «separación entre la economía y la política» – esta última refiriéndose sobre todo a cuestiones identitarias. La memoria del Imperio suponía el ejemplo de cómo rearticular un espacio económico único sobre un contexto

Hasta qué punto el argumento de Meiksins Wood molestó entre las filas marxistas podrá verse en que aún se sigue debatiendo en muchos círculos intelectuales, incluso entre sus correligionarios en el marxismo político. A algunos les incomoda que la separación teórica entre la lógica del capital y la del racismo o del patriarcado deje la puerta entreabierta a un socialismo que prescinda de dichas luchas. Para otros, es difícil de sostener que la lucha feminista o antirracista sea inherentemente «extraeconómica» o puramente identitaria. El trabajo doméstico no remunerado, por ejemplo, no deja de ser una fuente de plustrabajo que se apropia de quién lo produce, mayoritariamente mujeres. Dicho esto, Meiksins Wood daba por descontado que todo socialista debía de hacer suyas las causas del feminismo y del antirracismo, así como de cualquier otra forma de desigualdad y de opresión. Su análisis alertaba simplemente de que el capitalismo podía asimilar sus demandas con la misma facilidad que las podía desechar.

Era lo mismo que le recriminaba a los socialdemócratas que aspiraban a extraer concesiones económicas del capital (por ejemplo, un estado de bienestar), pero sin salirse de los cauces del capitalismo: sus logros nunca estarían afianzados mientras la política se mantuviese subordinada a la lógica de la competitividad..[30] Mientras el imperativo de mercado continúe gobernando la reproducción de nuestras vidas, todo paso en una dirección emancipadora será limitado, vacilante, frágil. Ni siquiera será así aunque se perfeccione la democracia liberal para defenderla de intereses oligárquicos, pues incluso una democracia liberal

---

multinacional y multilingüe en un mundo en el que los conflictos étnicos le habían puesto cortapisas al libre comercio. La idea era establecer, en palabras del joven Friedrich Hayek, «un gobierno doble» que separase las funciones económicas y culturales: «que las nacionalidades tengan sus propios arreglos culturales pero que un gobierno central establezca el marco de un sistema económico común» (basado, por supuesto, en el libre mercado). Restablecer la globalización capitalista requería llevar este modelo a la escala internacional, mediante una federación de naciones. Cada nación mantendría la soberanía sobre sus lenguas, banderas, e himnos, pero la economía quedaría en manos de una autoridad tecnocrática superior, que velaría por el mantenimiento del libre mercado por encima de gobiernos y electorados. Para Hayek, este globalismo militante era la única forma de preservar la democracia de los peligros del nacionalismo y del socialismo. Pero admitía que el coste era «una democracia con poderes definitivamente limitados». En la misma dirección se expresaban correligionarios como Robbins, von Mises, o Röpke. Esta reinvención del internacionalismo liberal inspirará más tarde a los arquitectos de la Unión Europea. Ver Slobodian, Q. (2018) *Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism*. Harvard University Press, Cambridge, London, pp. 102-12.

30 Véase la conclusión del presente libro.

«plena» sigue doblegada a las exigencias de la lucha en el mercado. Ni siquiera aún consiguiendo que se imponga la autogestión de los puestos de trabajo, pues los trabajadores continuarían sometidos a una disciplina productiva, forzándolos a gestionar sus empresas como una suerte de capitalista colectivo. El autogobierno popular requiere de cortar de raíz la dominación impersonal que el imperativo del mercado impone sobre nuestras vidas, sustituyéndolo por una nueva racionalidad solidaria y participativa que constituya la democracia como un mecanismo económico, como proponen los teóricos de la planificación democrática.[31] Mientras el capitalismo exista, nos diría Ellen Meiksins Wood, la conquista de la democracia continuará siendo un proyecto inacabado.

31 Un buen comienzo al respecto es el libro del estudiante de Brenner, Benanav, A. (2021), *La automatización y el futuro del trabajo,* Traficantes de sueños, Madrid.